

Territorio impreciso

Víctor Pliego

HAY que hacer largas colas, nos registran y nos despojan de bultos sospechosos, aunque los bolsos de señora no tienen problemas para entrar, sobre todo si son de marca. Aún no han instalado esos perversos ingenios capaces de mostrarte como tu madre te trajo al mundo, pero la humillación es doble, por injustificada. Tras pasar los controles doy unos pasos, titubeante, algo enfurruñado y desorientado. Un señor, elegante y sonriente, se dirige a mí para ofrecerme sus servicios profesionales. Los declino cortésmente pero le pregunto dónde está lo que busco. Orientar al visitante extraviado no debe ser lo suyo, pues me contesta, chulo y grosero, “periscopio y adelante”. Me río por no llorar. El espacio es claro, neutral, lineal, minimalista, impersonal. Tardo dos minutos en descubrir mi objetivo. Podría estar deambulando por las salas de algún aeropuerto internacional, pero no se escuchan esos avisos políglotas que la megafonía escupe regularmente, aunque hay personas de todas las nacionalidades. Por un momento siento el vértigo de pensar que igual he sido trasladado por alguna anomalía espacio-temporal, sin darme cuenta, al aeropuerto de Berlín, al de Tokio, al de Londres, o al de Nueva York. Pero no estarían tan resplandecientes y recién pintados como este lugar en el que me pierdo. Tales lujos son propios del zaguán de un centro comercial, de las oficinas de alguna próspera multinacional financiera, o de un hospital selecto en el que cambiarme la nariz o el sexo. Pero no es eso lo que busco. Por fin el vértigo pasajero se disipa cuando recuerdo que estoy en el Museo del Prado, al cual he acudido para ver la exposición de Francis Bacon. Sus cuadros me devuelven a la realidad. ¡Qué alivio!